



ALGUNAS CONVICCIONES

El verano de 1985, casi diez años tras la muerte de Franco, yo ya había cumplido los veinticinco y me balanceaba peligrosamente al borde del precipicio emocional pero, afortunadamente, contaba con cinco convicciones a las que aferrarme; por ejemplo, sabía que podía vencer al desánimo más abyecto con un plato de la paella de mi madre. Mi madre hace la paella a la manera tradicional, es decir con pollo, conejo, romero, caracoles, judías verdes planas (*bajoquetas*), dos tipos de habichuelas blancas (*bajocó* y *garrofó*) que sólo he visto en los mercados de Valencia y alcachofas. Son las alcachofas las que le dan el toque de gracia porque se disuelven en la boca y le regalan al arroz ese sabor delicado y, a la vez, terroso y ese color verde oscuro que domina sobre el amarillo demasiado chillón que le impone el colorante artificial. Mi madre dice que antes muerta que añadir a la paella ajos, guisantes, chorizo o cualquiera de esos ingredientes estrambóticos que les meten a los arroces de los turistas en las costas. Desde pequeña he sabido que no hay tristeza que se te quede pegada al alma cuando observas la alquimia de la paella. Mientras contemplas el arroz aromatizado de azafrán cocándose a fuego lento sobre la pira de leña, acomodándose entre la carne y las verduras, y se te cuele por la nariz el perfume del romero recién cortado y el de las agujas de pino al quemarse, tu cuerpo se llena de anticipación y tus quebrantos se desvanecen. Olvídate del Prozac y de que andas

contando calorías y hazme caso a mí: la paella valenciana es el mejor ansiolítico del planeta.

Las otras convicciones que me ayudaban a mantenerme a flote eran: que crecer bajo una dictadura te castra de por vida; que perder a tu padre a los ocho años te deja una herida difícil de curar, por muchos tíos con los te acuestes; que no me gustaban los franceses y que la vida, la mires por donde la mires, es una pura decepción.

A los veinticinco años me había enamorado y desenamorado ya tantas veces que al fin había decidido que nunca más me iba a enamorar. Semejante cursilada, que nutre los estribillos de tantas canciones románticas del tres al cuarto, parecía haber sido inventada exclusivamente para mí y yo me la repetía en mi cabeza como un mantra. El dolor de la pérdida que sentía tras cada inevitable ruptura con un amante tenía el poder de devolverme el sentimiento de abandono que sufrí por primera vez el día de la muerte de mi padre. Además (y esta era mi última convicción) el amor verdadero no existe.

Tras haber dejado la casa de mi madre a los dieciocho años y haber sufrido cinco desastrosas historias de amor, tanto en España como en el extranjero, me encontraba de nuevo en el hogar materno, engordando a ojos vistas, ya que, como acabo de explicar, prefería los platos de arroz de mi madre a los inútiles tranquilizantes que me había recetado el médico con la esperanza de paliar, una vez más, la crisis depresiva en la que me había sumido mi última ruptura. La presión de hacer algo de provecho con mi vida y el empeño de seguir enfundándome en una talla 40 lo que me quedaba de la veintena me forzó a considerar la vuelta a la universidad. No era especialmente buena en nada pero los idiomas se me daban bien; había aprendido el inglés en el instituto y el francés rompiéndome los riñones en las vendimias de Carcasona y Narbona, así es que decidí probar suerte en la Escuela de Traductores e Intérpretes de Barcelona, que tenía un examen de ingreso a finales de septiembre. Lo malo era que mi francés vendimiador dejaba mucho que desear así es que decidí que, para perfeccionarlo, lo mejor que podía hacer era pasar el verano en

Francia.

Como no sabía por dónde empezar a buscar trabajo compré el último número de *Integral*, que en aquella época era el estandarte del desarrollo personal, la ecología, el vegetarianismo, las formas de vida alternativas, la espiritualidad, la agricultura biológica y otras ideas que estaban empezando a llegar a España bajo nuestra recién estrenada democracia. Entre anuncios de parejas ofreciéndose para cuidar masías en Cataluña, ventas por correo de mermeladas biológicas de Murcia, convocatorias de manifestaciones antimilitaristas en Bilbao y llamamientos de comunas buscando gente que acudiera a repoblar aldeas desiertas en las montañas de Huesca y Navarra, encontré un anuncio que ofrecía un trabajo de limpieza cerca de Toulouse, en un lugar llamado L'Ecurie aux Miracles.

L'Ecurie aux Miracles se anunciaba como un *centro transformacional* y ofrecía cursillos de verano que abarcaban una gran variedad de temas que fomentaban el desarrollo personal. Siempre bajo el lema de *cuerpo, mente y espíritu*, allí parecía venderse de todo, desde terapias y talleres de yoga, tai chi o reiki, hasta cursos de prosperidad, regresión a vidas pasadas, curación con cristales, percusión o feng shui. También ofrecía trabajos veraniegos a cambio de comida y cama (el dinero no se mencionaba) y prometía a los participantes *descubrir su verdadero yo disfrutando de la naturaleza –en un ambiente acogedor, cálido y tranquilo donde es fácil encontrar la paz y la relajación– y saboreando deliciosa comida vegetariana*.

Escribí al centro enseguida y una mujer llamada Charlène de Panafieux se puso en contacto conmigo a vuelta de correo para contratarme y enviarme las instrucciones para llegar hasta allí. Me sorprendió que me aceptara sin hacer preguntas, pero ahora que lo pienso, yo tampoco hice ninguna y al fin y al cabo era yo la que iba a trabajar gratis.

Compré un billete abierto a Toulouse. El viaje en autocar desde Valencia iba a durar toda la noche así es que mi madre, como iba a necesitar comida y distracción, me preparó una cena para tres personas y vino a despedirme a la estación de autobuses. Cuando

el autocar entró en la autopista, en Sagunto, empecé a ponerme nerviosa. Aunque había estado ya en una comuna (por eso precisamente había dejado la universidad, para vivir en una puñetera comuna, y por eso conocía la existencia de *Integral*) no sabía nada de terapias ni tenía ni idea de lo que era la supuesta Nueva Era. Tampoco era vegetariana. Además, los viajes en autobús me sientan como un tiro, sobre todo cuando el conductor no hace más que fumar un puro tras otro y machacar a los viajeros con la misma cinta de sevillanas de Oropesa a la frontera.

Cuando el autocar se paró en la última estación en el lado español de la frontera bajé a tomarme el último café con leche decente del verano. Había estado en Francia suficientes veces como para saber que, a pesar de que presumen de sus quesos, sus vinos y sus *magrets de canard*, el café de los franceses es un asco.

En la frontera, la guardia civil subió al autocar y despertó a todo el mundo para pedirle los pasaportes, pero no se molestaron en mirar los equipajes porque salíamos del país y eso lo dejaban para la policía francesa. Mientras los gendarmes hurgaban en las maletas de dos jóvenes árabes me sorprendí a mí misma preguntándome qué narices estaba haciendo otra vez yo en la frontera. Otra vez me disponía a dejar atrás España sin saber muy bien lo que me esperaba, pero esta vez me consolé pensando que, al menos ahora, no iba detrás de ningún tío como la última vez. Menudo desastre había sido.

Y la vez anterior. Y la vez anterior a la anterior.

No conseguí pegar ojo en toda la noche y cuando salió el sol, en algún lugar antes o después de Perpiñán, tenía los párpados hinchados y mi aliento olía como si hubiera sido yo la que se hubiera pasado la noche fumando puros. Bajé del autocar en Toulouse, oliendo y sintiéndome como un paño viejo que se ha utilizado para limpiar la mugre de los servicios de caballeros.

En Toulouse tuve que esperar varias horas antes de coger el tren de vía estrecha que había de llevarme a Laurac, el pueblo más cercano a L'Ecurie aux Miracles, donde según Charlène de Panafieux habría alguien esperándome para llevarme al centro; pero cuando bajé del tren a las ocho de la tarde del 25 de junio, el

apadero estaba desierto. Empecé a pie el camino hasta el pueblo y entré al único bar que había en la plaza con la intención de preguntar si había alguna forma de llegar al Château de Montaieul, donde, según el anuncio, se encontraba L'Ecurie aux Miracles.

El bar era pequeño, olía a tabaco rancio y a café recalentado y tenía sólo seis mesas. En el medio había una pecera gigantesca. Digo gigantesca porque era del tamaño de dos mesas y teniendo en cuenta el tamaño del bar, ocupaba casi un tercio del espacio. Estaba llena de plantas de plástico y de piedras dispuestas de manera que formaban cuevas por las que entraban y salían unos letárgicos peces de colores. También había una gran langosta negra que movía de vez en cuando una antena como para demostrar que, al contrario que las plantas, ella no era de plástico. La pecera estaba iluminada desde abajo con un tubo fluorescente que difundía la luz por el agua y le confería un aura fantasmagórica. Yo no tengo nada contra las peceras, por lo general me parecen hasta relajantes, pero esa era un poco espectral y parecía fuera de lugar, como si un pescadero jubilado la hubiera dejado abandonada ahí porque no le cabía en su cochera.

La mesa más alejada de este epicentro acuático del bar estaba ocupada por cuatro hombres que jugaban al dominó. Las otras mesas estaban vacías. Los hombres me saludaron con un educado *Bonsoir Mademoiselle*, me dirigieron una corta mirada inquisitiva, decidieron que no merecía la pena una atención más prolongada y siguieron con el juego. Detrás de la barra, me sorprendió ver la espalda de un niño vertiendo en cuatro vasos un dedo de líquido pegajoso. Los terminé de llenar con agua y el líquido adquirió una consistencia lechosa que al principio me dio un poco de asco hasta que reconocí al omnipresente Ricard que se bebe por toda Francia. Cuando salió de detrás de la barra para llevar la bandeja a la mesa pude comprobar que no era un niño sino una mujer de mediana edad, muy baja, muy delgada y muy plana. Llevaba el pelo a la manera que antes se llamaba a lo chico, es decir muy corto y engominado, peinado con la raya al lado; ella además lo llevaba salpicado de caspa. Era el mismo estilo de peinado que llevaban mis compañeros de colegio los domingos cuando nos tocaba ir a

tomar la comunión. En ella resultaba, no sólo anacrónico sino también *agenérico*, si es que existe esa palabra.

“*Oui?*” me cortó con un tono seco cuando me acerqué a ella con intención de hacerle una pregunta.

“¿Podría decirme cómo puedo ir a L'Ecurie aux Miracles, por favor?” (Que conste que enfaticé el *s'il vous plait* porque había algo en su boca que me intimidaba).

“Gerard!” gritó por respuesta.

“*Oui?*” contestó uno de los jugadores de dominó.

“Esta chica quiere ir al château. ¿Tú puedes llevarla?”

“Claro,” contestó el tal Gerard sin ni siquiera levantar la vista, “pero tendrá que esperar a que termine la partida.”

“Gracias,” respondí, aunque no las tenía todas conmigo; la idea de meterme en un coche con un desconocido no me inspiraba en absoluto. Me quedé plantada en medio del bar mirando a la langosta y sin saber muy bien qué hacer, si sentarme en una de las mesas o acercarme hasta la barra. Estaba cansada, muerta de hambre y ya me estaba arrepintiéndome de haber emprendido el viajecito.

“¿Quiere algo?” me pregunto la señora pechiplana, con un tono de voz que denunciaba su contradicción interna. Estaba claro que se debatía entre el deseo de ignorarme y el deber de sacarme la pasta.

“¿Tiene algo de comer?”

“No, la cocina está cerrada.”

“¿No podría por lo menos prepararme un bocadillo?”

“No me queda pan.”

No soy vidente, pero hubiera jurado que la señora era más amarga que una alcaparra y que odiaba su trabajo, su pueblo y el mundo entero. En ese preciso instante me odiaba también a mí.

“¿No tiene nada de comer?”

“Acabo de decirle que la cocina está cerrada.”

Desgraciadamente soy hipoglucémica y tengo que comer bastante a menudo, si no me mareo, empiezo a tener palpitaciones, me dan bajones de tensión y después me pongo de un humor de perros. Había terminado el último bocadillo de mi madre

en la estación de Toulouse y no había previsto provisiones para quedarme colgada en Laurac.

“¿No tiene aunque sea un paquete de patatas fritas o algunas galletas, o una magdalena?”

“No.”

“Bueno, pues póngame una tónica. Gracias.”

Gracias, dije otra vez gracias, ¿por qué? no tengo ni idea; tal vez porque me sentía intimidada por mi condición de extranjera sola y hambrienta, pero la verdad es que la tía no se las merecía. Si hubiéramos estado en España, en cualquier pueblecito perdido y yo hubiera entrado en un bar y fuera tarde y yo fuera extranjera y no conociera a nadie en el pueblo y tuviera hambre, etc etc., la dueña del bar me hubiera preparado una cena. La cocina no estaría cerrada aunque hubieran dado las doce de la noche (en Laurac serían un poco más de las nueve) y si no hubiera tenido nada que darme me hubiera dado parte de su cena. No pienso hacer chauvinismo pero en España si alguien tiene hambre pues se le da de comer, sobre todo si trabajas en un bar ¿o no?

Durante la guerra civil mi abuela preparaba ollas de lentejas para alimentar a los soldados republicanos que pasaban por Valencia de camino al frente de Aragón. Eran una lentejas bastante aguadas, con apenas una hojas de laurel y totalmente desprovistas de chorizo o de tocino porque los tiempos eran malos y no había mucho que llevarse a la boca, pero seguro que estaban calientes y los soldados podían imaginar por unos minutos que no estaban tan lejos de sus casas. Eso es solidaridad.

Mi madre nunca dio limosna a los mendigos pero les preparaba unos bocadillos de tortilla de patata y alioli de morirse; o si estaban de suerte, de escalivada que hacía con pimientos asados y pelados, berenjenas, trocitos de bacalao inglés y huevos duros, bien aliñados con aceite de oliva.

Pensando en los bocadillos de mi madre volvió a caerme encima, como el peso de un piano, la puñetera realidad: *bonjour*, ya estaba de nuevo en Francia; bastaba con cruzar los Pirineos para aterrizar en otro planeta. Todos esos siglos de *liberté et égalité* y eran incapaces de alimentar al hambriento. Menuda *fraternité*.

Ya se que ya he dicho que no era la primera vez que pisaba suelo francés, pero la verdad es que no recordaba haberme sentido nunca tan abrumada por el peso de la extranjería. Quizá eran sólo el hambre y el cansancio pero en aquel diminuto bar de aquel diminuto pueblo me sentí de repente más aislada que la langosta. Me quedé contemplando a la pobre criatura hasta que la luz ectoplásmica del acuario y los peces apáticos y pegajosos empezaron a darme dolor de cabeza. Menos mal que la tónica tiene quinina y me subió unos miligramos la moral.

Estaba planeando quemar el bar y la lenta tortura a la que iba a someter a la mujer pechiplana, antes de hacerle morder el polvo, cuando el hombre llamado Gerard se levantó y se me acercó. Me ofreció su mano y yo se la di en un saludo formal.

Era bastante alto y mucho más joven de lo que me había percido sentado entre los viejos a la luz mortecina del bar, de hecho, apenas superaba los treinta años. Tenía buen tipo, era guapo y su camisa de mangas cortas dejaba ver unos bíceps bronceados y neumáticos. Salimos del bar y ni siquiera me molesté en decirle adiós a la antipática de la dueña.

La furgoneta de Gerard estaba aparcada en la plaza; cuando entré y se sentó a mi lado, estábamos tan cerca que podía oler su loción para después del afeitado. Sentí en el estómago una extraña mezcla de excitación y aprensión, pero estaba demasiado débil y deprimida como para reaccionar o intentar identificar lo que sentía.

“¿Tiene hambre?” me preguntó mientras ponía el motor en marcha. Me hablaba de usted aunque yo fuera más joven, pero los franceses son así de formales cuando hablan con desconocidos. O había escuchado mi conversación con la señora del bar, o era vidente.

“Mucha.”

“Tenga, cómase unas *merveilles*,” me dijo y me pasó una bolsa de papel manchada de aceite. Las *merveilles* son como churros pero más ligeras y planas, aunque cuando se fríen se curvan adoptando formas irregulares y también se comen espolvoreadas de azúcar blanco. No me gustan los churros, pero tenía tanta

hambre que aquellas *merveilles* me parecieron, valga por una vez la redundancia, maravillosas. Después de comerme tres y con el azúcar refinado quemando energía de nuevo en mis células, empecé a sentirme menos sola, menos triste y menos extranjera. Y Gerard me parecía menos amenazador que antes.

“¿Qué, mejor?” me preguntó cuando vio que devolvía la bolsa de papel al asiento de atrás.

“Sí, gracias, están buenísimas.”

“Las hice ayer. A los críos les encantan, tiene suerte de que dejaran algunas. ¿Así que ya ha empezado la temporada?”

“¿Cómo dice?” Estaba intentando imaginar a ese hombre macizo, con las manos manchadas de grasa, en la cocina haciendo *merveilles* para los niños así es que no había oído la pregunta.

“¿Que si han empezado los cursillos? Todavía no he visto a Charlène este año.”

“No lo sé. Yo he venido sólo a limpiar.”

“Así es que va a formar parte del personal este verano.”

“Supongo.”

Gerard quería hablar. Yo no tenía muchas ganas pero me sentía obligada; al fin y al cabo me había salvado del desmayo con sus *merveilles*.

“No te he visto nunca por aquí, ¿es tu primer año?” Había pasado de repente al tú sin avisar; a lo mejor es porque venía en calidad de currante.

“Sí.”

“Pues puede que sea también el último.”

“¿Y eso?”

“Viendo como están las cosas. No hacen más que discutir así es que tarde o temprano esto va a acabar mal.”

“¿Quiénes?”

“Charlène y Catherine ¿quién si no? No pueden ni verse.” Calló un momento mientras atravesábamos un puente estrecho por el que sólo cabía un coche y añadió. “A mí ni me van ni me vienen sus historias.”

“¿Quién es Catherine?”

Junto con al azúcar de las *merveilles* empecé a notar que por

la sangre empezaba a correrme también la curiosidad y me dispuse a emprender el interrogatorio. En el recorrido entre Laurac y L'Ecurie aux Miracles, conseguí enterarme de que Gerard era granjero. Su granja, La Ferme Saint Sylvain, estaba en las tierras del Château de Montaieul y su familia la tenía arrendada desde hacía varias generaciones. Era una granja pequeña pero daba de comer a su familia. Plantaban girasoles, tenían una huerta, unas veinte vacas, un cerdo, conejos, patos, ocas y gallinas. A Gerard le gustaba vivir en el campo pero hubiera preferido ser jefe de cocina. Tenía un diploma de restauración pero su padre había sufrido un aneurisma y él había tenido que hacerse cargo de la granja. Lo peor, según él, era que con los animales no podían irse de vacaciones nunca. Estaba descontento, admitía, no porque no le gustara su trabajo sino porque la tierra no era suya. Sus antepasados habían trabajado los campos de Saint Sylvain durante varias generaciones, pero la tierra no les pertenecía y eso parecía obsesionarle.

“Si la tierra no te pertenece tu vida no te pertenece,” sentenció mientras aceleraba por un camino flanqueado de árboles que no logré distinguir porque ya había caído la noche. A mí la afirmación me pareció un poco melodramática pero ¿qué iba a saber yo que había nacido y vivido siempre en la ciudad?

“¿A quién pertenece entonces la granja?” pregunté de nuevo mientras Gerard entraba con el coche en un patio empedrado.”

“A Catherine de Panafieux, la dueña del castillo.”

“¿La madre de Charlène?”

“Madrastra,” puntualizó. “Le sale la tierra por las orejas y la granja no significa nada para ella, pero como no necesita el dinero pues se niega a vendérsola. Mi abuelo ya se lo propuso a su abuela y mi padre a su madre. Yo mismo se lo he pedido varias veces a ella, pero no hay manera. A veces me dan ganas de echarlo todo por la borda, largarme con mi familia a la ciudad y abrir mi propio restaurante.” Paró el coche pero no el motor y, como si se hubiera arrepentido de haberme contado media vida, animado sin duda por el Ricard, añadió en un tono que me pareció un poco cortante.

“Bueno, aquí estamos. *Bonne continuation.*”

Le di las gracias, volví a chocarle la mano, salí del coche y recogí mi mochila. Gerard se marchó y me quedé sola, con la misma sensación de extranjería que sintiera en el bar somatizada en un nudo en la garganta. El efímero subidón del azúcar blanco se había desvanecido.

Entre unas cosas y otras ya eran las diez y media de la noche. El patio estaba a oscuras, apenas iluminado por una luz mortecina que venía de las ventanas del primer piso del edificio central. Al otro lado del patio había un roble imponente y detrás se recortaba la silueta fantasmal de un castillo.

Tan pronto como dejé la mochila en el suelo para echar un vistazo alrededor y situarme un poco, escuché un grito:

“¡Mamáááá!”

Era un alarido tremendo que provenía de una de las ventanas abiertas, de donde salía también la luz. Era un grito pesaroso, como la llamada de un niño desconsolado, con la diferencia de que este niño parecía tener al menos cincuenta años. Era una voz de hombre y transmitía tanta angustia que dolía sólo al escucharla. De repente rompió a llorar, con unos sollozos que conmovían el alma. Di un sobresalto y miré hacia arriba. Una nube de mosquitos diminutos se agolpaba en el alféizar de la ventana.

Y mientras observaba a los mosquitos escuché otra voz, que salía del mismo sitio, pero esta vez era una mujer que gritaba aterrorizada.

“¡No me toques, no, por favor, papá! ¡No, por favor, ahí abajo no! ¡No, no quiero, por favor, por favooooooooor! Seré buena, lo prometo, por favor, papá. ¡Nooooooooo!”

Intenté tranquilizarme y pensé que quizás estaban ensayando una obra de teatro, pero algo dentro de mí me decía que no se trataba de una obra de teatro, sino que los gritos eran de verdad. Me aferré a la mochila, la aplasté contra el pecho y me quedé ahí plantada sin saber qué hacer.

Pero entonces se hizo evidente que el hombre que llamaba a su madre y la mujer que intentaba defenderse de su padre no estaban solos. Como si hubieran sido convocadas por un conjuro secreto

otras voces empezaron a salir por las ventanas del primer piso.

“¡Déjala, te digo! ¡Te digo que la dejes! ¡Es mi madre ¿me oyes? Mi madre!” chilló un hombre que sonaba un poco como el primero, pero no estaba segura de que fuera la misma voz.

“¡Mírame, coño! ¡Estoy aquí, aquí! ¿Que no me ves? ¿Por qué te empeñas en ignorarme?!” preguntó otra mujer.

“¡Te odio, hijo de puta! ¡Te odio!” gritó otro hombre. Tenía un timbre de voz muy agudo pero era un hombre, seguro.

“¡Lo único que quería era que me quisieras! ¿Por qué no podías quererme como a él? ¿Por qué tenías que encerrarte en tu habitación con él durante horas? ¿Y yo qué, eh, y yo qué?” Este lamento parecía provenir del primer hombre.

“¡Voy a matarte! ¡Voy a matarte! ¡Voy a matarte!” amenazaba el hombre de la voz aguda.

A continuación la noche explotó en una cacofonía de lamentaciones, como si todo el sufrimiento humano se hubiera apoderado del patio y me viera envuelta en una sinfonía de sinsabores, de ira, necesidad, desesperación, amor no correspondido, llantos por padres ausentes, miedo, humillación, abuso, angustias, celos y venganza.

Me quedé petrificada. ¿Dónde me había metido? ¿Qué clase de lugar era este? ¿Una secta especializada en torturar a la gente? ¿Era este el centro de Nueva Era que prometía el despertar de la conciencia y el descubrimiento del verdadero yo en un ambiente cálido, tranquilo y relajado? ¿Qué estaba haciendo yo ahí cuando lo único que buscaba era un trabajo de verano para practicar el francés?

Y entonces alguien gritó: “¡Papá, papá ¿por qué me dejaste? No puedo sola, no puedo, papá. Vuelve por favor, papá, por favor, vuelve!”

Y me rompí.

Me puse a temblar, haciendo unos esfuerzos sobrehumanos por no llorar. Me dolía el estómago y sentí que me subían las arcadas. En la soledad de la noche, la tristeza se apoderó de mí, recordándome demasiado mi propio dolor, el dolor que sentí cuando se marchó mi padre. Mi madre dijo que se había ido al cielo pero

yo sabía que mentía. Había visto la caja donde lo habían metido y cómo enterraban esa misma caja en el cementerio. No estaba en el cielo, sino bajo tierra, y bajo tierra, según el cura estaba el infierno. Todos esos gritos me despertaron emociones que había tratado de olvidar durante diecisiete años. Las arcadas me vencieron y vomité las tres *merveilles*.

Tan pronto como acabé de vomitar, y como si se hubieran puesto de acuerdo, las voces se apagaron, de manera casi simultánea. Unos minutos después escuché abrirse una puerta y una cabalgata de pasos que bajaba por una escalera de madera. Alguien encendió la luz y el patio se inundó de luz y de gente. La mayoría tenía la nariz roja y los párpados hinchados pero casi todos charlaban tranquilamente entre sí como si salieran de una sesión de cine de arte y ensayo y no de una dolorosa incursión en su pasado. Algunos incluso bajaban riéndose.

Destacando entre los demás, en porte y altura, y por ser la única que no tenía los ojos llorosos, distinguí a una mujer de unos treinta y tantos, vestida de manera informal pero impecable, con unos pantalones de cuero marrón claro y una blusa de seda de un amarillo vainilla, abierta en cuello de pico, que mostraba un bronceado casi perfecto para el principio del verano. Cuando me vio de pie en medio del patio aferrada a mi mochila como un niño a su oso de peluche, hizo ademán de acercárseme. Caminaba con el paso firme de los pudientes. Siempre he sabido que esa forma de desplazarse es innata cuando naces rico; no necesitas practicarla deslizándote por los pasillos con una pila de libros sobre la cabeza y proclama al mundo que estás acostumbrado a conseguir lo que quieres, que tu opulencia es sexy y que controlas el poder. Siempre he envidiado esa forma de andar por haber heredado el contoneo de pato mareado y de clase más bien baja de mi padre.

Mi vómito, escaso pero maloliente, decoraba el empedrado así es que en cuanto vi que se me acercaba, me alejé de la mancha dando unos pasos hacia ella como si quisiera apresurar nuestro encuentro.

“Hola, tú debes ser Carmela,” dijo mostrándome su dentadura blanca y dándome un par de besos en las mejillas. Ella también

arrastraba un olor fuerte, pero de un perfume que no reconocí porque no sabía nada de perfumes, pero que no me cabía duda que era caro. Yo no sonreí y seguí aferrada a mi mochila, que me proporcionaba una imaginaria sensación de seguridad. “Te esperaba ayer para limpiar el centro.”

¿Ayer? ¿Qué coño ayer? Tenía su carta en el bolsillo y decía claramente que debía llegar el 25.

“He tenido que buscar a alguien que limpiara porque la temporada ha empezado hoy. ¿Ha ido a buscarte Babette a la estación?”

“No, en la estación no había nadie. He tenido que venir hasta aquí con un granjero.”

“¿Ah sí? Qué raro. ¿Qué habrá pasado?” parecía sorprendida, pero se repuso en seguida. “Bueno, da igual, lo importante es que hayas llegado. ¿A ver, dónde está Bruno?” Echó un vistazo alrededor pero no pareció ver a la persona que estaba buscando.

Yo quería decir: “¿Y qué hubiera pasado si no hubiera encontrado al granjero? ¿Y si hubiera tenido que pasar la noche en un banco del apeadero? ¿Y si un mendigo borracho, o peor una pandilla de gamberros, me hubieran robado y violado durante la noche?” pero algo me decía que a ella no iba a importarle en lo más mínimo la suerte que hubiera podido correr, así es que me callé.

“¿Adónde se han metido?” repitió dando otra vuelta con los ojos al patio hasta que pareció rendirse. “Bueno, ven, te enseñaré tu habitación.”

Dio dos o tres pasos pero yo no la seguí. No podía moverme; pegada al empedrado.

“¿Qué era eso?” le pregunté.

“¿El qué?”

“Eso, esa gente que gritaba. ¿Qué pasaba ahí arriba?”

“¡Ah, eso!” dijo lanzando un risita que me pareció un poco falsa. O igual es que yo no estaba para bromitas. “Era mi cursillo. Grito Primal. Ha empezado esta tarde. Por eso te necesitaba ayer, para hacer la limpieza a fondo, pero no importa, puedes empezar mañana. Me temo que tendrás que escuchar bastantes gritos mientras trabajas aquí, pero te acostumbrarás pronto, ya verás.”

¿Acostumbrarme? Ah, no. No tenía nada claro que quisiera quedarme ahí ni un solo día.

“¿Por qué gritaban?”

“Es parte del proceso. Estaban en plena regresión, recordando momentos de sus vidas cuando sintieron un dolor muy grande y reviviendo la situación.”

“¿Por qué? ¡Eso es puro masoquismo!”

“Oh, no, al contrario; es la única manera de superarlo.”

Pensé que se estaba quedando conmigo. ¿Acaso estaba diciéndome que revivir el dolor de la muerte de mi padre era la única forma de superarla?

Los Gritadores Primales estaban reunidos en un enorme comedor que parecía haber sido el antiguo establo del *château* porque todavía tenía los comederos de madera a lo largo de la pared del fondo. El suelo era también de empedrado y en el medio había una mesa larga de madera, rodeada de bancos. En una esquina había un fregadero, tres estantes donde se apilaban los tazones y una cocinilla en la que una enorme tetera de aluminio hacía hervir el agua. Estaban preparando infusiones y charlando, comentando seguramente lo que habían sentido durante la terrorífica sesión del primer piso. Verlos así, como un grupo homogéneo, compartiendo verbenas y vivencias me hizo sentir todavía más sola. ¿Cómo se atrevían a lucir ese aspecto tan relajado y jovial tras haber revivido unas experiencias tan penosas? ¿Cómo podía ser yo la única que estuviera horrorizada con su dolor?

“Vamos, te enseñaré tu habitación,” insistió Charlène, quien seguramente quería volver con su grupo. “Ya hablaremos de todo esto mañana.”

No había nada de lo que hablar, yo me iba a largar de ese sitio en cuanto se hiciera de día y encontrara la forma de volver a la estación de Laurac.

Mi habitación estaba en la parte trasera de un edificio cercano que resultó ser La Ferme Saint Sylvain, la granja de Gerard. Según nos acercábamos a la granja, el olor a mierda de vaca se iba espesando en el aire. Además, parecía ser que la habitación – que estaba orientada al norte, lo que explicaba la tufarada a moho

que impedía una respiración fluida— no había sido ventilada desde el verano anterior. Había tanta humedad que los rollos de papel pintado (floreado) que debían haber sido pegados en los años cuarenta, se habían despegado a medias y flotaban en las paredes dejando ver el verde mugriento del adobe. Había dos camas de hierro oxidado con colchones que estaban húmedos a pesar del calor del verano, un lavabo picado y un bidé. No era un bidé fijo con grifo incorporado para agua caliente y fría, sino uno portátil, con tapadera, que hay que llenar con el agua de una jarra y vaciar después en el váter. El mejor uso que se le podía dar era el de bacinilla nocturna porque el váter en sí (a la turca) estaba en el establo y para ir había que pasar entre las vacas. En una mesa polvorienta había un camping gas, una pequeña tetera de aluminio para hervir agua, dos tazones y una caja de sobres de manzanilla que, aunque no tenía fecha de caducidad, debían ser del año anterior. O del anterior al anterior.

“Qué mal huele aquí,” dije acercándome a la ventana con la intención de abrirla.

“Yo no la abriría,” me aconsejó mi anfitriona, “a no ser que quieras que te coman viva los mosquitos.”

Mientras me debatía entre la difícil decisión de ser atacada por los bichos o morir asfixiada por un ataque de asma, escuchamos otro grito, pero esta vez no era humano. Era peor.

“Es una de las vacas,” me explicó cuando vio que me había quedado blanca. “Está de parto.” Y con un sonriente *bonsoir* pegado a su impecable dentadura, me dejó sola en la habitación insalubre.

Nadie me ofreció la cena, así es que con una polvorienta infusión de manzanilla para consolar mi maltratado estómago y con la certeza de que había cometido otra estúpida equivocación al pegarme semejante viaje hasta Francia para acabar en esa casa de locos, decidí pasar la noche con un pañuelo en la cara para defenderme de los efluvios malolientes de las paredes de la habitación. No me molesté en deshacer la mochila porque gracias a Dios tenía un billete abierto a Valencia. Me metí en la cama pero a pesar del cansancio no pude dormir porque los gritos primales de la vaca eran estremecedores y no había previsto taponés para

los oídos, así es que me dispuse a esperar pacientemente a que pasara la noche. Por fin supe que había llegado el alba porque escuché cantar al gallo. Es hora de levantarse, pensé. Y me quedé totalmente dormida.

